

Domingo Santa Cruz Wilson: el hombre y el amigo

por Jorge Urrutia Blondel

Todos cuantos han encauzado una completa existencia a los afanes de la creación artística le asignan a ésta la mayor y más representativa significación dentro de su quehacer total, aunque éste haya sido muy rico en realizaciones. El acto de crear valores estéticos es asimilable al de la paternidad humana que procrea y genera. Así, el compositor, incluso cuando simultáneamente es un notable ejecutante, buen investigador, profesor o impulsor de iniciativas, sentirá siempre que predomina por sobre todo esa "paternidad".

Estoy cierto que éste es el sentimiento que con mucha justicia prevalece en el espíritu de Domingo Santa Cruz. Al análisis de su obra como creador es precisamente al que se destina este número de la *Revista Musical Chilena*, rindiéndole a tan destacada figura del arte nacional y latinoamericano el más sincero homenaje con motivo de su octogésimo cumpleaños. Habría sido inconcebible que no adhiriera a él con el mayor afecto, lleno de gratitud y reminiscencias, quien ha tenido el privilegio de ser uno de aquellos que aprendieron el largo camino junto al gran conductor de un nuevo orden musical en la patria común.

En tan fundamental proceso, Santa Cruz ha llevado siempre el "cantus firmus" y otros; en innumerables ocasiones hemos sido voces complementarias, fieles colaboradores, entusiastas y dedicados, partícipes, además, del valioso don de haber podido intervenir y conocer por dentro tan admirable hazaña. Muchos tuvimos efectivamente que esforzarnos para poder seguir los rápidos y osados pasos del reformador musical.

He preferido en esta ocasión evocar parcialmente al Domingo Santa Cruz de las grandes realizaciones y no al creador de excelentes obras musicales. El variado quehacer de este activísimo chileno interesa directamente también a la comunidad y pesa muchísimo en la historia cultural del país. Conducido por su gran espíritu público, su inconformismo y su fantasía, supo *crear* en el terreno musical práctico, al margen de las pautas.

Es tanto lo que habría que citar y comentar, sobre todo en relación a sus "fundaciones" en las que casi es rival de Santa Teresa, aunque dentro de una órbita distinta, pero para ello serían necesarias muchas páginas. Mi mayor aspiración habría sido dedicarle un estudio exhaustivo, pero por muchas circunstancias—inclusive en medio de algunos viajes—sólo he podido improvisar rápidamente las actuales líneas, más de homenaje cariñoso que de reposado artículo. Esta mi breve semblanza del personaje sólo procura

Rev. Musical Chilena, 1979, XXXIII, N° 146-147, pp. 96-100

que surjan con sencillez del recuerdo íntimo y personal algunas vivencias compartidas y anécdotas poco conocidas.

Curiosamente me ha tocado participar en las vías de acción de este ocupadísimo chileno desde que formé parte del primer Directorio público de la Sociedad Bach, luego como primer Secretario de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales, con Santa Cruz como Decano, y ahora como Miembro de Número de la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile, del que Santa Cruz es presidente, y en cien ocasiones más. También es uno de mis grandes amigos, que como corresponde a los casos de auténtica amistad, usamos del natural derecho a discrepar y, algunas veces, hasta mostrarnos caras hoscas.

Durante la primera época de nuestras relaciones, cuando ambos disponíamos, dentro de nuestras respectivas actividades, de mayor tiempo, tuve la ocasión de disfrutar de su gran cultura y humor. A través de prolongadas charlas, comentarios sobre arte, el examen de partituras, la preparación de material para el Coro de la Sociedad Bach y hasta la redacción en común del primer proyecto de estatutos para nuestra Sociedad que había entrado a su etapa pública, nuestra amistad se anudó con firmeza. En aquella época, además, Domingo fue mi primer profesor de contrapunto. Entonces pude aquilatar sus sólidos conocimientos musicales, evidentes en las expresivas y bien construidas obras que ha escrito. Todo esto ocurría en la extensa casaquinta en que él vivía, donde también tuve la ocasión de conocer a Wanda Morla, su primera esposa, gran animadora espiritual y efectiva colaboradora de la acción emprendida por Domingo, así como lo fue igualmente la activísima y no menos admirable Filomena Salas, en la segunda etapa matrimonial de Santa Cruz.

Así, inmerso en todas esas innumerables actividades, llegué a conocer muy bien su personalidad íntima con todas sus grandes virtudes e incluso con sus aspectos negativos, infaltables en todo hombre de acción provisto de una recia personalidad. Entre sus virtudes hay una que siempre nos impactó a los que colaboramos con él y a cuantos le han conocido: su incansable actividad, tanto en el cumplimiento de sus delicadas tareas funcionarias como en las audaces y firmes posiciones adoptadas cuando luchó como presidente de la Sociedad Bach. Simultáneamente, continuaba su labor de compositor y de profesor.

Con nerviosa rapidez se acostumbró a solucionar problemas sin esperar dilaciones o excusas de personajes importantes, inclusive de los muy altamente colocados. Llegó a ser un experto en la valiente técnica de enfrentarse a personas difíciles u hostiles a su persona o a sus iniciativas.

El recordado e ingenioso Acario Cotapos resumió esta firme tendencia a las decisiones rápidas, afirmando: "Cuando llegue al cielo, como lo merece,

y ante cierta lentitud de San Pedro para abrirle las puertas, Domingo con tono de mando lo incentivará diciéndole: luego, luego, que deseo ver inmediatamente el rostro de Dios". Otra "boutade" del mismo Cotapos, acaso menos aceptable y algo retorcida, fue de que: "Si el nombre de Domingo, sin Santa Cruz, no estuviera relacionado con el de un santo, sino que con el del calendario, podría decirse que es el de un Domingo no festivo... y sobre todo sin descanso".

Pero dándole al término "festivo" otra acepción, en realidad este chileno tan serio, para algunos a veces casi duro o dominante y que ha realizado cosas de tanta trascendencia, en ciertos momentos demuestra un sentido del humor realmente excepcional, sobre todo cuando imita gestos o palabras de personajes gratos o ingratos para él. Sus apreciaciones hasta alcanzan cierta acidez al recordar —con una memoria impresionante— incidentes ajenos o que le atañen a él mismo. En general es un conversador incansable, culto, ingenioso, bien informado y sumamente ameno.

Siempre me ha cautivado esta vena festiva de Domingo, y como ambos hemos sido lectores empedernidos de la historia del Ingenioso Hidalgo, muchas veces lo evocamos en agradables coloquios, y en nuestras comunicaciones más privadas adoptamos el estilo y arcaísmos del lenguaje cervantino, pero en tono grandilocuente y casi burlesco.

Como muestra me permito transcribir el fragmento de un festivo "pastiche" que le escribiera hace treinta años, con motivo del festejo que le ofrecimos para su medio siglo y que ahora, a los ochenta años, también podría aplicársele. Parodiaba muy irrespetuosamente algunos versos del Mago Merlín (segunda parte de "El Quijote", Capítulo XXXV). Con la complicidad de Juan Orrego-Salas inventamos esta broma que consistió en que aceptara la penitencia que se le impondría y que Domingo cumplió con paciencia y humor, todo ello para contrarrestar el posible orgullo de un Santa Cruz ya tan célebre. El comienzo decía así:

"Cantiga de parabien al Caballero de la Santa Cruz"

¡Oh Meser Santa Cruz así nomnado!
 bien sabemos el trance en que te encuentras,
 o sea: con tus trancos siempre osados
 por el dintel de un medio siglo entras.
 Discurso y parlamento asaz fatigan
 y así tan solo tolerar tu tienes
 que a nombre de todos, raudos os diga,
 por lo que ahora os pasa: ¡Parabienes!
 Y parabienes por lo que ficisteis
 con tan duro afán, años y meses.
 Pues palos disteis y otros recibisteis,

aunque un recuento bien os favorece.

No dejasteis "titer" con cabeza
 (y "titer" es licencia literaria)
 luchasteis con ardor y con firmeza,
 mas, siempre en gran señor y en forma varia.
 Y esto porque con mística y gran celo
 y con Fé esgrimisteis flecha y arco
 y pues de leso no teneis ni un pelo
 (y aún en los otros sois muy parco).

El fragmento "merliniano" y penitenciario agregaba:

A ti te digo, ¡Oh varón! como se debe
 por jamás alabado, a ti valiente,
 justamente y discreto don Domingo,
 que ahora comenzais la cincuentena:
 que a manera de dura penitencia
 y en prueba de que amais a vuestra musa
 y en este Chile al que diesteis tanto,
 que intenteis dar testimonio a todos
 de inmensa fortaleza y de paciencia.
 Y así, con muy gallarda compostura,
 con respeto y atroz recogimiento,
DE PIÉ, Y SIN HACER UN SOLO GESTO,
DEL "RIMPIANTO", las tiernas melodías
 toleres que dulcísimas penetren
 en ambas tus valientes... dos orejas,
 al aire descubiertas, y de modo
 que te escuezan, amarguen y te enfaden.
 Y en este se solacen todos cuantos
 de esta hazaña sean los testigos.
 ¡Y a esto es mi venida, mis Señores!

Estas reminiscencias acarrearán otras sobre nuestro "Gran Hermano Bach" y la naciente institución que llevaba el nombre del gran Cantor. Domingo buscaba adherentes cuando ésta iniciaba su vida pública, y tuve la intuición de adherirme inmediatamente siguiendo sus encendidas y casi bíblicas palabras que parecían decir: "Dejad todo y seguidme", las que simbólicamente conllevaban la admonición de que en Chile se abandonara para siempre la mala música.

El Coro de la Sociedad Bach ensayaba en la antigua Biblioteca Nacional —en la misma sala en que se reunió la Junta del 18 de septiembre de 1910, ahora desaparecida—. Un día, mientras ensayábamos, Santa Cruz escuchó voces destempladas en la calle provocadas por un mitin político en el edificio del Congreso Nacional, de inmediato ordenó con energía: "¡Cierren esas puertas, el ruido de la revolución no deja cantar al corol!". Otra ané-

dota muy típica del personaje tuvo lugar en el Teatro Municipal durante uno de los depurados conciertos de la Sociedad Bach. Llamado por el Tesorero Enrique López, quien deseaba comunicarle que debido al escaso público el concierto estaba desfinanciado, Domingo simplemente levantó la barbilla en un gesto muy característico, y casi en éxtasis le contestó: "¡Pero escuche qué Aria más sublime surge en este momento del escenario!".

Otro episodio fantástico, casi inverosímil, ocurrió cuando Domingo Santa Cruz hacía su servicio militar. En un día libre tuvo la oportunidad de escuchar uno de los ensayos preliminares de "Parsifal", de Wagner, en el Teatro Municipal. Como el recluta Santa Cruz deseaba continuar asistiendo a todos los ensayos y a las posteriores representaciones de la ópera, solicitó que le dieran de baja en su unidad, autorización que obtuvo sin dificultad, seguramente debido a su buen comportamiento y virtudes marciales.

Reflexionando ahora sobre éstas y muchas otras anécdotas de nuestro personaje y sobre su generosidad de espíritu, desprendimiento, desinterés por las materiales ganancias, espíritu público y las batallas libradas por "desfacer entuertos" musicales de Chile, apoyado en una especie de mitología-ficción, pienso que una extraña divinidad dio en vida un segundo nacimiento a Domingo, extrayéndolo de una costilla de Don Quijote.

Pocos son aún todos los parabienes para Domingo Santa Cruz, forjador de toda la vida musical chilena, con motivo de los años que cumple. Si ellos son ochenta, según una estricta cronología, por todo lo que le ha regalado a la patria pareciera que hubiese estado laborando durante... 160.